

Comentario al evangelio del miércoles, 15 de mayo de 2019

Queridos hermanos:

«Yo soy la Vid», dice el Señor. Vid plantada por el Padre, vid cuajada de sarmientos hermanos. Vid que se mantiene anclada a la tierra para que los sarmientos reciban el agua del cielo. Vid que *permanece* invariable en la tierra de los hombres para que los hombres *permanezcan* unidos a los cuidados del Labrador. En esta doble permanencia surge la Vida y sus frutos.

Para el evangelista Juan, *permanecer* es *creer* y *creer* es *vivir*: «así seréis discípulos míos» y «daréis fruto abundante». Quizá por eso es este uno de sus verbos más queridos. Permanecer indica a la vez estabilidad y proceso, donación y recepción, gratuidad y requerimiento. Es un viaje del corazón de Dios al corazón del hombre y viceversa. El primero en emprender este movimiento es Dios mismo, que *planta* a su Hijo en medio del mundo. No lo envía como pavesa para el aire sino como grano para la tierra. Para que se hunda, para que se rompa, para que se arraigue... para que se quede. Es una vid eternamente plantada en la tierra con que Dios se quiso desposar: «Ya nunca te llamarán “abandonada”, ni a tu tierra “desolada”. A ti te llamarán “mi deleite”; y a tu tierra, “desposada”» (Is 62,4-5). Una vez que Dios ha tomado carne humana, Dios *permanece* hombre entre los hombres por toda la eternidad. Permanecen su cercanía, su entrega, su alimento, su salvación.

Pero el suyo, con ser absolutamente gratuito, no es un ofrecimiento del todo desinteresado: a Dios le interesa sobremanera nuestro amor, nuestra respuesta, nuestro propio ofrecimiento, nuestro fruto. Y nada de esto puede darse sin un *permanecer* humano junto al *permanecer* divino. Por eso la dádiva que parte de Dios es, al tiempo, una fuerte exhortación para el hombre y para la comunidad. El discipulado del sarmiento consiste tanto en la recepción de la savia como en la generación del fruto. En rigor, ni una cosa ni otra le pertenecen al sarmiento *per se*, pero tampoco es posible ninguna de las dos sin su libre permanecer en comunión con la Vid. Por eso sin *estar con* Jesús no podemos hacer nada.

¡Y qué delicia pasearse por la viña bajo el tibio sol de primavera! ¡Qué gusto vivir los hermanos unidos, entre sí y con Jesús! Ahora bien, como decía la copla, «el invierno llega aunque no quieras». Igual que le llegó a la comunidad de los primeros discípulos, de una forma punzante, ante la decisión de Pablo de anunciar el Evangelio a los gentiles. ¿Cómo permanecer unidos al Señor cuando unos sarmientos se enredan con otros, cuando el fruto discurre por caminos insospechados? Es entonces cuando fe y la vida se aquilatan: *permanecer* sigue siendo siempre el camino, el horizonte, el sol de invierno...

Fraternalmente:

Adrián de Prado Postigo cmf

Adrián de Prado Postigo cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org